

SARUH

ó

EL ALZAMIENTO DE LOS MORISCOS

LEYENDA HISTORICA ORIGINAL.



(CONTINUACION) (1)

—

II.

El Castillo del moro, con sus fuertes torreones de granito y agamiladas almenas, se alzaba solitario entre un bosque de abetos y arrayanes que contrastaban con la aridez del campo yermo: sus muros ennegrecidos, mezcla de obra árabe y romana, indicaban haber resistido largo trecho el azote de las tormentas y la incuria del tiempo; indudablemente se había deslizado ante ellos más de una generación. Sus moradores, si los tenía, eran completamente desconocidos de los naturales del país, aunque no faltaba alguno que lo señalara como fantástica mansión de espíritus maléficos: estas supersticiones tan arraigadas en aquella época, sólo servían para alejar con temor del misterioso castillo à los sencillos habitantes de las cercanías.

Sería la hora de la oración de alajá (2) la misma noche en que tenían lugar los sucesos que dejamos narrados: el profundo silencio que dominaba en torno del Castillo del moro, sólo era interrumpido à intervalos por las frescas auras que agitaban el ramaje de la arboleda; la luna, velada por ligeros crespones de

(1) Véase el núm. 49.

(2) Poco después de anochecido

amontonadas nubecillas, daba á la soledad del sitio un tinte indefinible de misterio.

Por dos veces el prolongado canto de un ave nocturna, naciendo al parecer de la frondosa copa de un abeto, fué á perderse con lúgubres ondulaciones en el espacio. Instantáneamente se oyó el sordo rechinar de una puerta del castillo que, giraba sobre sus goznes, y un hombre deslizándose entonces de entre los arbustos, avanzó con seguridad en aquella direccion: ondulaban en su cabeza las plumas de una cimera formando raro contraste con un albornoz morisco en que se envolvía cuidadosamente, y por debajo del cual se dejaban ver las mallas de un pantalon ceñido y la estremidad de una luciente espada castellana.

Iba ya á penetrar en una plazoleta cercada de arrayanes el que vestia tan desigual ropaje, cuando una forma blanca y vaporosa saliéndole al encuentro, le dijo con un acento más dulce que el gorgceo del ruiseñor.

—Gonzalo, amado mio, tres veces ha matizado el sol las flores de mi huerto, y en vano te han buscado mis ojos empañados por el llanto: yo me creí olvidada del gallardo rummy, (1) y esta idea que abrasaba mi cerebro, heria de muerte mi alma, porque tú eres el señor de mi alvedrio y el amado de mi corazon.

—Vanos temores, respondió el caballero con acento apasionado; ¿acaso me es dado poder olvidarte, si es tu aliento la sólo fuerza que mueve mi existencia? Ven hermosa, prosiguió, donde tu voz regale mi oido, donde mi alma se dilate al influjo de tu mirada: y así diciendo arrastró suavemente á la doncella hácia un rústico asiento de piedra, al que servia de respaldo el tronco de un corpulento arrayan.

La diáfana luz de la luna rasgando un instante las gasas que la empañaban, iluminó de lleno á los amantes. La dama del castillo era bella como una ilusion: su cuerpo más esbelto y ligero que una palmera de Schiraz; su cabeza coronada de negros cabellos como el ébano, se levantaba sobre sus hombros con más gracia que una rosa de Alepo sobre su tallo, y bajo sus negras cejas levemente arqueadas vibraban unos ojos del color de la noche. Vestia una túnica de púrpura que remataba con una orla de hilo de oro, dejando ver un pié pequeño encerrado en bordadas zapátillas moriscas, y el nacimiento de una pierna blanca, mórvida y de una suavidad de contornos incomparable; ricas ajorcas y brazaletes de gusto árabe, formaban el complemento de su atavío.

Durante algunos momentos los amantes se contemplaron con muda espresion.

(3) Nombre que daban los árabes á los cristianos,

—Saruh, dijo al fin el doncel dejando caer el ancho albornoz que le cubria y apareciendo vestido à la usanza castellana, es necesario poner término à esta situacion que, léjos de acercarnos, parece que se afana en promover à cada paso un nuevo obstáculo que dilata la realizacion de nuestra dicha. Ya no es dado à mi amante anhelo, prosiguió con vehemencia, esperar más tiempo alejado de ti: quiero vivir à tu lado, verte de continuo, abrasarme sin cesar en esa luz de tus pupilas que irradia en mi alma; quiero, en fin, que te decidas à seguirme donde un sacerdote. enlazando nuestros corazones, deje para siempre refundidas en una nuestras voluntades.

El rostro de la morisca se nubló de repente, y dos lágrimas ardientes rodando silenciosas por sus mejillas, fueron à quebrarse contra su seno.

—¡Abandonar à mi padre! dejar en la soledad al buen Hixén, él que tanto me ama!.... No, no, Gonzalo, respondió; el dolor le mataria sin una mano cariñosa que enjugara sus lágrimas.

—¡Tu padre! exclamó el castellano de un modo sombrío soltando las manos de su amada que retenia entre las suyas.

—Si, Gonzalo, prosiguió la morisca con angustioso tono, ¿por eso me rechazas? ¿acaso olvidarias que soy tu esclava, que vivo de tu vida y que sin tí se agostaria mi sér como esas flores se marchitan y mueren cuando el cielo les niega su rocío? y redoblando sus sollozos;—Dios mío, Dios mío, prorrumpió con acento desesperado, ¿por qué así martirizais mi corazón?

D Gonzalo llevó su mano à la frente como queriendo arrancar de ella un pensamiento fatídico exclamando con resolución:

—Si, le salvaré, aunque en ello se arriesgue mi existencia.

—¿Que decís? interrogó la mora con visible ansiedad.

—Escúhame Saruh, replicó el castellano con aparente calma, y no te inquiete la revelacion que voy à hacerte, porque aún es mi poder bastante à conjurarla. Hace tiempo que germina en los de tu raza la idea de sustraerse à la dominacion en que cayeron cuando formaban ejércitos enteros y fuertes, sin conocer ¡insensatos! que hoy no les resta más que despojos hundidos en las heces del vulgo, sin fuerzas, sin armas y sin valor...

—¡Y bien! interrumpió la morisca alzando la cabeza con altivez, al sentir heridos sus instintos de raza por las palabras de su amante.

—Es que esos proyectos de sedicion se fraguan en el castillo de tu padre,.... y el nombre de Hixén—ab—Meleh, ha llegado hasta el rey Felipe como el caudillo que debe mandar à los guerreros musulimes: ¿sabes, prosiguió, cual es el castigo de los rebeldes?

—¡Cielos! la proscripcion!.... la muerte acaso! exclamó horrorizada la morisca cubriéndose el rostro con las manos. Mas no,

no; tú no le dejarás morir; porque su sangre abriendo un abismo entre nosotros, caería como un anatema sobre nuestro amor: tú le salvarás, porque su vida responde de la mía, y tú no querrás que muera de dolor la pobre esclava que te entregó su corazón.

El rumor de acelerados pasos que se acercaban interrumpió á la cuitada mora que miró sobresaltada á D. Gonzalo, mientras que éste por un movimiento espontáneo llevaba la mano á la empuñadura de su espada. Un nuevo personaje apareció en la escena: era una esclava nubia que con profunda sumision dijo á la dama del castillo.

—Saruh, tu padre mi señor te llama impaciente y se dirige á tus aposentos.

Poco después la angustiada morisca se apartaba de su amante internándose en las alamedas con direccion al castillo. Cuando el eco de sus pisadas dejó de percibirse, recogió D. Gonzalo el blanco alquicel, y colocándolo con precaucion sobre sus hombros se alejó de aquel sitio.

Profundamente abstraído por la fuerza de reaccion con que se reproducian en su cerebro las impresiones de aquella noche, caminó al acaso largo rato por el laberinto de la selva. De pronto retrocede con asombro: delante de él se habia alzado como brotada de la tierra una forma fantástica á la que siguieron otras dos que al verle, lanzan un grito indefinible de sorpresa y le acometen denodadamente blandiendo sobre su cabeza las hojas de tres agudos yataganes. En vano intenta el castellano contener el empuje de sus adversarios que aumentan como por encanto, hasta cercarlo en un circulo de hierro, y le gritan.

—Quieto rummy, ó por Alá que es tu cabeza el primer trofeo de nuestra redencion.

Sujeto y desarmado por los misteriosos salteadores, caminó D. Gonzalo algunos pasos, y momentos después todos desaparecian por una escabacion practicada entre los escombros de una aljama. Era la misma que poco antes diera entrada en la gruta de los conjurados á Aben—Said y su compañero.

(Se continuará)

M. ESCOBAR.

ALBORES Y CREPUSCULOS.

I

¿Qué tiene la niña
de tez nacarada

que viste de fiesta
 y así se engalana?
 Su toca es de lino
 prendida con gracia;
 el corpiño verde
 con rosas de plata;
 justillo dorado;
 guardapié de lana;
 y un zapato negro
 de piel charolada,
 que sólo mirarlo
 seduce y encanta.
 De todas las prendas
 que á la niña alhajan,
 en su pecho mórvido,
 fresca se destaca
 una hermosa rosa
 tan pura y tan blanca,
 como es su conciencia,
 como está su alma.

II.

¿Dó va la payesa
 que así la acompañan
 zagales apuestos
 y hermosas zagalas?
 ¿Dó va que risueña
 prorrumpe en palabras
 de júbilo y gozo,
 de amor y esperanzas?

Al pié de la sierra
 que al pueblo resguarda,
 entre viejos robles
 cipreses y parras,
 se mira una Iglesia
 que inmóvil aguarda
 á todo el que quiere
 la vida del alma.

Allí va la niña
 de tez nacarada,
 con un mozo apuesto
 que viste y que calza
 ropaje de fiesta
 con vivos de grana:
 allí va la gente

y allí el cura aguarda
á los dos amantes
para unir sus almas.

III.

Pasado algun tiempo
de alegres veladas
y auroras risueñas,
que envidian las damas,
la niña una tarde
al pié de una acacia
que verde sombrea
su puerta y su casa,
contempla en la mano,
marchita y sin gracia
la flor que en el pecho
prendida llevaba
cuando á ser esposa
fué á la Iglesia santa;
y en tanto contempla
la flor marchitada,
suspira llorosa
triste y solitaria.

¿Por qué la payesa
de tez nacarada,
que ayer sonreía
y alegre cantaba;
que ayer entre gentes
su dicha era tanta,
vistiendo de fiesta
con ricas alhajas,
hoy llora y suspira,
su tez está pálida,
evoca recuerdos
en vez de esperanzas,
padece desdenes
y no amor del alma;
y todo lo sufre
triste y solitaria.?

IV.

¡Ah! es que en el mundo
todo al fin se acaba:
conforme los años
trascurren y pasan,
así la hermosura

del rostro se marcha;
 el amor más grande
 que férvido abrasa,
 termina en cenizas,
 se estingue, se apaga;
 la amistad se enfria,
 el cariño cansa:

Por eso la niña
 cual la rosa blanca,
 sin las ilusiones
 que la dicha fragua,
 suspira llorosa
triste y solitaria

J. RUIZ NORIEGA.

APUNTES BIOGRÁFICOS

SOBRE UN

PINTOR DE LORCA.

Allá por los años de mil setecientos veinte y tantos, los vecinos de la parroquia de Santa María veían pasar todas las tardes un hombre con un pequeño cántaro á la espalda.

Venia de S. Juan, por la calle de *Camarillas*, subía por las *Calaveras* y por detrás de la parroquia tomaba en derechura á los *Pilones*: alguna vez solía sentarse á la mitad del camino, sacaba una especie de palo negro que humedecía ligeramente con la lengua y trazaba figuras en un papel que luego guardaba cuidadosamente doblado en el bolsillo de la *Chupa*; después seguía su camino, llegaba á la *Balsica de la Reina Mora*, llenaba su cántaro y regresaba por los mismos pasos.

Los muchachos que bajaban con leña de la inmediata sierra del Caño, y las mozas que en cuadrilla iban, como él, por agua, pasaban por su lado sin hablarle, aunque á veces le cantaban, cuando iba léjos, alguna copla picaresca, ó le tiraban al pasar

alguna *Chilindrina*; él no obstante proseguía su camino sin darse por aludido, aunque había quien aseguraba que lo había visto, desde lejos, sonreírse.

A decir verdad, ni su persona ni su garbo eran á propósito para fijar la atención de ninguna jóven, ya fuese sola, ya acompañada; y decimos esto porque se había observado, que sólo saludaba cuando había mucha gente, y jamás cuando eran una ó pocas personas: su edad ostensible sería de cincuenta à cincuenta y cinco años, su fisonomía tenía más de vulgar que de distinguida, y su alta estatura y complexión inmusculosa le daban cierto aire marcial y resuelto que no sentaba mal en la agreste armonía de su individuo.

¿Quién era este hombre tan poco comunicativo? Muchas veces los vecinos habían procurado indagarlo; unos decían, que había sido comerciante en Oran y que huyendo de los moros se había venido á España; otros que había sido maestro de no sé qué en un pueblo de la Andalucía; y no faltaba quien decía que era hermano de la Tercera Orden de N. P. San Francisco; y en verdad que estos eran los que iban más acertados.

Si sus contemporáneos sabían de él tampoco, figúrese el lector lo que podremos saber ahora que se ha pasado más de un siglo; el que esto escribe ha buscado y hecho buscar en todos los libros parroquiales y no ha encontrado ni partida de bautismo, ni de casamiento ni de defunción; pero dice el Padre Morote, que era de Lorca, y consta en un documento que existe en el Ayuntamiento de Lorca que vivía en la parroquia de San Juan el año de 1734; y se sabe de positivo que hacía estampas grabadas en cobre, que dibujaba escudos de armas, y que pintaba cuadros poniendo siempre al pie, *Antonio Josef Reboloso T. t.* cuyas dos últimas letras, que según la gente, querían decir *Tator*, daban razón y fundamento á los que decían que había sido comerciante.

Poco más de lo dicho se sabía relativo á su vida pública, si es que este hombre tenía vida pública. Los Domingos y días festivos subía por las tardes á tomar el fresco en la sacristía de San Juan, divirtiéndose en jugar á las *Bochas* en el corral de la iglesia con el Pbro. D. Manuel Millana, el hermanico Juan Pedro Chuecos, y algun otro contertulio entre los sujetos que «hacían ojo» en la parroquia: solía también estralimitarse y pasear por la Puerta de los Angeles, y caños de Ceron con el Sr. Canónigo de la Colegiata D. Diego Josef Matheos, Ruiz de Quirós, Garcia de Alcaraz, Albúrquerque y Martinez de la Junta, y con el Reverendo Padre Guardian de San Francisco.

Estos paseos no eran siempre tan sosegados y pacíficos como era de esperar en personajes tan sesudos, porque, el Sr. Canónigo que tenía sus pntas de socarron, se complacía en sacar

de sus casillas al P. Guardian; bastábale encomiar el gran sermón del P. Lector de San Diego en la Dominica infraoctava, ú otro cualquiera de los predicadores que no fueran del convento de San Francisco, comparándolos con la difusión y frases vulgares y de mal gusto literario que se notaban en los frailes franciscanos, en los cuales, no obstante, reconocía de buen grado el canónigo dotes muy excelentes; no consentía, ó por mejor decir, no dejaba pasar ninguna el Prelado, analizando línea por línea tales discursos, demostrando los defectos gramaticales y las citas inoportunas y ajenas al asunto que tenían: punzaba el Canónigo, y tornaba á la brecha el Padre, y mientras que el uno estaba, como se dice comunmente, bañándose en agua rosada, y el otro sudaba y bufaba como si le echaran agua hirviendo, Revolloso presenciaba el altercado, y estudiaba las fisonomías para trasladarlas luego al lienzo; porque hay que advertir que á semejanza de Miguel Angel, el Brocho, y otros pintores célebres, los cuadros de Revolloso eran semblanzas de todos sus conocidos, y allí se vengaba de cualquier jugarreta que le hubieran hecho; en los cuadros de ánimas, principalmente en los de las Parroquias de San Juan y de Santa María están pintados ardiendo en vivas llamas el presbítero D. Manuel Millana, el canónigo Mateos, el Comendador de la Merced, y el Prior y varios padres de Santo Domingo, teniendo muchos de ellos que asirse al cordón de San Francisco para salir del purgatorio, por no tener bastante virtud sus escapularios respectivos.

La clave de esto la encontraremos repasando los cuadros de los citados conventos; en efecto, en el de la Merced, el más antiguo de todos, las pinturas que hay son del célebre Muñoz, y de Pedro Camacho, pintor de Lorca; en Santo Domingo, excepción hecha de los medallones que hay en la media naranja de la Capilla del Rosario, que se cree son de Palomino, no había ningún cuadro notable; en la Virgen de las Huertas casi todos son de Muñoz, y Josef Mateos, de modo que nuestro artista no tuvo más Mecénas que el Guardian y comunidad de San Francisco, ni más campo donde lucir sus dotes que la Vida del Santo Patriarca, y la Crónica de la Religión seráfica.

Era, pues, Revolloso pintor de género religioso, y como entonces la buena sociedad era una sociedad buena que gustaba de adornar sus salones con cuadros de Santos, y de historias religiosas, esta clase de pintores era la que más en boga estaba; tampoco estos se habían elevados á la esfera de lo sublime; ninguno se creía un *Genio*, ni sentía en su frente la *llama de la inspiración*, ni otra porción de cosas bonitas, que ha encontrado en ellas nuestro siglo, viniendo á dar lecciones de urbanidad y cultura á los groseros y oscurantistas que les precedieron, y que decían simplemente, Miguel Angel, Rafael, el

maestro Murillo, el maestro Velazquez, en vez de *D. Miguel Angel, D. Rafael, D. Bartolomé &c.*

Los pintores, lo mismo que el resto de la gente, como no se fumaba tantó y tan variado como hoy, ni se tomaba café diariamente y en casa estraña, salvo alguna indisposicion repentina, ni siquiera habia el recurso de leer *Papeles*, tenian necesidad de trabajar por no aburrirse, y como el trabajo, aun en las personas de más conciencia está en razon directa de la retribucion, é inversa de la distancia en percibirla, claro está que tanto mejor trabajan, cuanto era mayor la paga y más pronto la recibian; ésta es la razon por qué de una misma época y de un mismo pintor se vén cuadros buenos, y otros proximos á sér muy malos; de esto tenia mucho Revolloso; compárese su cuadro del *Buen Pastor*, que está en la Iglesia de la Beneficencia de esta Ciudad y que fué costeadó por el R. P. Fr. Juan Escrivano, Procurador General de la Orden seráfica, y el *S. José* que hay en el crucero de la Colegiata mandado hacer por los ascendientes del Sr. Conde de San Julian, con los de *San Alberto*, y *San Juan de la Cruz*, de la Iglesia del Cármen, que regularmente pintaría de valde, y no puede ménos de resaltar la diferencia que hay entre ellos.

Hémos citado estos cuadros porque estan más al alcance y estudio de cualquiera, y pudiéramos haber citado otros, puesto que el número de cuadros de Revolloso de todos tamaños, que conocemos existentes en las Iglesias; y en casas particulares pasan de sesenta, lo cual prueba la laboriosidad de este artista.

El dibujo en general es bueno; hay expresion en las figuras, y los grupos estan trazados con inteligencia, sin ser minucioso en los detalles; el colorido es á veces frio, y adolece en nuestro concepto, del caracter excéntrico é independiente de este pintor, que no queriendo imitar el estilo de Camacho su antecesor y paisano, y careciendo aquí de buenos modelos, hacia unos fondos á su capricho, y sin embargo no faltaba entonacion al conjunto de su obra.

Es indudable que si Revolloso hubiera vivido en una Capital donde sus cuadros hubieran podido ser competentemente juzgados, su nombre seria más conocido, porque la historia de un artista está en sus obras, y éste tiene algunas dignas de figurar con ventaja al lado de las de Meng, Antolinez y otros artistas, cuyo estilo imita algunas veces; pero vivia en Lorca y su caracter adusto le hacia rebusar toda sociedad. Jamás bebió otra agua que la que él mismo conducía diariamente á su casa.

Por la partida de bautismo de su hijo *José Antonio Miguel* que nació el 19 de Enero de 1731, sabemos que su mujer se llamó Isabel Maria de Cázeres, y que sus padres fueron José Revolloso, y Agueda Jimenez Zamora esto, es cuanto hemos podido in-

dagar; escasas é incompletas como son estas noticias, nuestro objeto al publicarlas no es otro que sacar del olvido en que yace la memoria de este pintor lorquino.

F. CÁNOVAS.

FÉ, ESPERANZA Y CARIDAD.

- ¿Quién eres?
—la salvacion.
- ¿Cuál es tu morada?
—el cielo.
- ¿A dónde vuelas?
—al suelo.
- ¿Buscas algo?
—la creacion
- ¿Ella te llama?
—no sé.
- ¿Y tú la sigues?
—sin calma.
- ¿Qué es lo que salvas?
—el alma.
- ¿Cuál es tu nombre?
—LA FÉ.
-
- ¿Quién eres?
—un sentimiento.
- ¿Quién te alienta?
—la ilusion.
- ¿Quién te siente?
—el corazon.
- ¿Qué es lo que infundes?
—aliento.
- El que te busca...?
—me alcanza.
- El que espera...?
—me consigue.
- ¿Siempre...?
—si con fé me sigue.
- ¿Y es tu nombre...?
—LA ESPERANZA.
-

EL NIÑO

EN LA HISTORIA ANTIGUA, EDAD MEDIA Y MODERNA.

CONTINUACION (1)

En los odiosos abusos del poder paternal no habia desaparecido todavia la inicua costumbre de vender y exponer á criaturas inocentes. Lactancio, preceptor de Constantino, se sublevó con indignacion contra aquellos padres desnaturalizados que hacian desaparecer tan inhumanamente á sus tiernos hijos, oponiéndose así á la gran obra del Criador y á las leyes de la naturaleza.

La promulgacion de las Pandectas en el año 529 puso término á la tolerancia de atentados tan inauditos contra la humanidad; aquellas leyes protectoras calificaban de homicidas, no sólo á los padres que ahogaban á sus hijos al nacer, sino tambien á los que los exponian al público y rebusaban criarlos.

En Francia el porvenir de la niñez experimentaba tambien crueles é ignominiosas vicisitudes. En las incultas naciones de Italia y del Oriente, no se hallaba esa sociedad civilizadora cuyas dulces costumbres armonizan con los principios humanitarios del Cristianismo. Con el trascurso del tiempo los paises progresaron y sus hábitos eran más moderados y miraban á la infancia con más amor y piedad. En las clases elevadas se formaban seres vigorosos, fuertes y robustos en su parte física, pero torpes y débiles en la moral, pues acostumbrados á desarrollar sus fuerzas por medio de ejercicios violentos, hacian caso omiso de sus facultades intelectuales y no se cuidaban más que de formar sus cuerpos; mas como el hombre no es todo materia, ni todo espíritu, ámbos elementos tienen que desenvolverse gradualmente, por lo que los filósofos griegos, aconsejaron que los niños fuesen inducidos al bien é iniciados en la educacion moral é intelectual por medio de la dulzura, del cariño, del estímulo y de la persuasion; pero jamás por los castigos severos, por el vigor, ni la humillacion, con lo que sólo se con-

(1) vease el número 51.

seguía enervar sus facultades.

Las bienhechoras leyes en favor de las generaciones tampoco se hicieron esperar, las que contribuyeron poderosamente á que desapareciese casi por completo el criminal y salvaje proceder que algunas naciones habían tenido referente al infanticidio. Y al efecto para hacer más atendible la vida de estos inocentes, se acordaron conceder privilegios á los ciudadanos que tuviesen mayor número de hijos, dándoles un lugar de preferencia en todos los actos públicos; el cónsul que poseía la primogenitura más numerosa y no la más antigua, obtenía el primer honor en las reuniones; los padres que tenían muchos hijos se les eximia del pago de los diezmos y primicias.

El bienhechor de la infancia, Nerve, con objeto de estimular al cumplimiento de tan sagrado deber, hizo distribuir sus tierras entre los indigentes, y trabajando para este laudable fin agregó los nombres de 5.000 niños á las nóminas alimenticias; fundó las rentas perpétuas que se elevaron á cuatro millones de pesos, recogiendo además 600.000 francos por las suscripciones de personas pudientes, cuyas respetables sumas permitieron mejorar notablemente la existencia del recién nacido. Alejandro Severo llevado también por la idea filantrópica de su digno antecesor, hizo una donación análoga á los niños desvalidos. Esta decidida y benévola protección fué haciéndose extensiva á varias y lejanas regiones, hallando el nuevo ser un gran apoyo y cuidado en los usos Germánicos y Galianos.

A principios del siglo V en Francia y según la ley que regia en aquella época les obligaba á los padres á educar á sus hijos conforme á la posición social que ocupaban; su autoridad paternal no duraba más que hasta los 14 años, que eran declarados mayor de edad y cuyo tiempo se fijaba para tomar las armas.

En la Edad Media, la suerte del pobre infante era mucho más propicia, porque los adelantos en las letras y las artes contribuyeron de una manera eficaz á regenerar las costumbres, humanizar las leyes y á mirar con más predilección la existencia y educación de la infancia. El niño no estaba ya sujeto al capricho ni á la barbarie de un padre cruel y desnaturalizado, ni bajo el amparo de unas leyes incultas y salvajes que con la misma indiferencia decretaban su esclavitud que le hacía víctima del hambre y del frío, esperando así su suerte el desgraciado en una terrible agonía. El desarrollo de las ciencias, el amor al trabajo y el mejoramiento de los hábitos indudablemente debían de llevar la civilización y el progreso á los Gobiernos, á los pueblos y á las familias; los padres comprendiendo su elevada misión no sólo entonces atendían con gran solicitud y esmero á la primera edad de sus tiernos hijos, sino que los educaban en los sentimientos del

honor, en la piedad y en el amor para su Criador y sus semejantes, cuyo constante ejemplo lo recibían de sus padres. No era una escepcion que las madres criasen á sus pequenuelos, cualquiera que fuese su gerarquía. En el siglo XII ya existían en París las oficinas encargadas de la lactancia, y las nodrizas que deseaban amamantar se dirigían á ellas. Sin embargo de haber desaparecido la facultad de vender á los hijos, no se había estinguido las frecuentes exposiciones.

En los pórticos de las Iglesias se veían las conchas de mármol en las que se depositaban los desgraciados que abandonaban y los llevaban á este lugar por si alguna alma bienhechora los recogía, y á falta de esta caridad privada, el Estado debía atenderlos.

En la Edad Moderna las naciones dieron paso á las reformas que han corrido las civilizaciones griegas y latinas, las costumbres se modificaron y las leyes trajeron el apoyo en la gran obra del progreso; sin embargo en el siglo XVII la idea de zurriagar ferozmente al pobre niño era todavía universal; el mismo Luis XIV no hizo nada para combatir este brutal castigo. Las damas de la aristocracia habían cesado de lactar á sus tiernos vástagos y los ricos provincianos se apresuraron á imitarlas, habiéndose hecho tan general, que el número de nodrizas inscritas en las oficinas de París en el año 1770, ascendía á más de 14.000, y que desde el año de 1771 á 1776 se enviaron al campo, en año comun, 9581 niños, casi la mitad de los que habían nacido en París, sin contar los que eran puestos directamente por las familias. Las Constituyentes quitaron al padre el derecho de correccion sobre sus hijos y los pone en las manos de un tribunal de familia compuesto de ocho individuos.

En Francia, las disposiciones que en la mayor parte hicieron terminar la costumbre del poder paternal y las primogenituras, fueron abolidas, dejando en libertad á los padres de disponer de sus bienes por donacion ó testamento.

El código civil consideró al niño como ser libre, pero débil, cuyos derechos tenían la necesidad de ser la salvaguardia de una legislación protectora. El título que trataba del poder paternal estaba concebido en los siguientes términos. *El hijo en todo tiempo debe honrar y respetar á sus padres y queda bajo su autoridad hasta su mayor edad ó su emancipacion.* La madre de familia toma al lado del padre el lugar que le pertenece al igual de sus hijos y en participacion del poder paternal. En el siglo XVII la cultura intelectual que tenían los ciudadanos, permitían prodigar más atenciones y cuidados á la primera edad, los que continuando en el siglo XVIII fueron objeto de una solicitud especial, la cual estaba muy generalizada. Los niños no sólo fueron iniciados en los principios más necesarios para su de-

sarrollo intelectual, sicó tambien en la música y en las demás artes estableciendo los Kindergarten, (jardines para la infancia en Alemania) los cuales en el siglo actual han progresado maravillosamente, extendiéndose en los países del Norte, merced à los incasantes desvelos del eminente é ilustre Profesor Federico Froebel, los que han sido considerados, no sólo recreativos à la vez que instructivos, sino como un poderoso auxiliar de la higiene. En este último periodo es donde afortunadamente el porvenir infantil ha variado por completo.

El Estado se interesa por él, las leyes le dan su proteccion, en la familia tiene un lugar muy predilecto y en su educacion se interesa más el amor paternal.

A pesar de todas estas regeneradoras modificaciones que han venido estableciéndose en la vida pública y privada del recién nacido, vemos que en las naciones incultas donde todavia predomina el más fatal salvajismo y la supersticion mas arraigada como sucede en algunos puntos del Asia y particularmente de la China, los padres son árbitros de la vida de sus hijos, y es tal su ferocidad, que exponen à esos desventurados seres à ser pasto de los animales, ó los sacrifican à su capricho por medio de una muerte terrible é ignominiosa.

Las sociedades benéficas españolas con la enérgica y decidida cooperacion de las regiones ilustradas, que tanto saben apreciar la vida del individuo, han establecido en la China, Pekin, Fokien, Tukien Oriental, Tukien Central y en otros puntos Asiáticos, asilos de caridad para criar y educar à los infelices niños que dejan abandonados, teniendo comadres para que no permitan que los inocentes recién nacidos sean ahogados al salir à la luz del mundo, y sí los lleven inmediatamente à estos establecimientos humanitarios que tan inmensos beneficios reportan à las infortunadas generaciones de aquellos incivilizados países que tan indiferentes permanecen ante las ideas progresivas y regeneradoras.

(Se continuará)

A. ELGUÉTA.
